

A close-up profile of a man with dark hair and a slight beard, looking towards the left. He is wearing a dark shirt with a necktie. The background is a warm, golden sunset over a savanna landscape with acacia trees and a bright sun on the horizon.

EN LOS CAMPOS  
DE DIOS

UN CANTO A LA REDENCIÓN

Miguel Ángel Moreno

«Nadie puede cambiar lo que es, por más que se intente». Quienes recuerdan a Bertram Kast le describen como un hombre solitario y odioso; un anciano lleno de penas y rencores, en cuyo interior habita una bestia. Sin embargo, cuando su sobrino Leopold acude a visitarle a Tanzania, nada puede prepararle para lo que va a encontrar, pues Bertram vive encerrado entre los recuerdos de un pasado convulso.

En aquella vieja casa colonial, donde muchos años atrás creció una plantación de algodón, Bertram comenzará un relato que da comienzo en 1905, y que enlaza las pasiones de la tierra africana con un secreto que ha guardado durante más de cincuenta años.

En los campos de Dios es la historia de una redención, de la lucha contra el destino inevitable. Un épico viaje enmarcado en la propia crónica del África Colonial Alemana, que formula una pregunta tan antigua como los orígenes de nuestra especie: ¿es posible cambiar la esencia de nuestra alma?

## Nota del autor

Cuando en febrero de 2013 comencé a preparar la documentación de esta novela, jamás imaginé hasta qué punto iba embarcarme en un viaje inesperado.

La idea para escribir *En los campos de Dios* me llegó como muchas otras, sin avisar, flotando en mi cabeza igual a una centella. Recuerdo que vi la imagen de Bertram sentado en su casa, solo, amargado y consumido por los años. Al instante supe que había atrapado algo muy grande, algo que me llevaría más trabajo de lo habitual. Pero a resultas de la crisis, sucedió que me había quedado sin trabajo y sin dinero, y dado que no tenía más que aquella idea con la que rellenar el tiempo, me puse a manos a la obra.

Casi dos años de trabajo después, escribo esta nota a modo de colofón.

Tal y como esperé, esta historia ha necesitado de un gran esfuerzo entre documentación, redacción y numerosas correcciones. Lo que no esperaba era el profundo cambio que iba a operar dentro de mí; y es que, a medida que los capítulos se desarrollaban, pude comprobar que aquella redención —la que persigue Bertram Kast— era también la mía.

Decía un crítico literario que cuando Dostoievski escribió *El jugador* buscaba, en el fondo, una manera para alejar sus propios demonios. Yo puedo afirmar que así me ha sucedido, y que esta literatura ha exorcizado algunos de los que a mí me atormentaban. Junto a Bertram he amado, gri-

tado, luchado y llorado. Jamás un personaje tan distinto a mí me había resultado tan cercano.

Dar fin a esta novela ha resultado extraño. Siento que me he dejado en ella un pedazo de lo que soy; de mi pasado y de mi alma. Aquí quedan ambos para siempre, pero quizás es lo que deba ocurrir con historias como esta, para que los que se acerquen al relato de Bertram Kast, y a esta crónica del África colonial alemana, lleguen a sentir lo mismo que yo he vivido.

Miguel Ángel Moreno  
8 de enero de 2015

*Dedicado a la verdadera Jocelyn*

# EN LOS CAMPOS DE DIOS

Miguel Ángel Moreno

*Ellos se alzaron en una gran rebelión [...] en respuesta a una llamada natural, una llamada del espíritu [...] para rebelarse contra la dominación extranjera.*

Julius Nyerere, primer presidente de Tanzania.  
Acerca de la rebelión maji-maji.

# PRIMERA PARTE



# 1

Casi todos los que llegaron a conocer a Bertram Kast habían fallecido. El simple paso del tiempo había terminado llevándoselos de este mundo. No obstante, y para mi fortuna, aún pude hallar unos pocos que le recordaban. Entre estos me sorprendió comprobar que Bertram volvía a su memoria como un hombre de la peor naturaleza. Le describían indomable, sentencioso e impulsivo. Todos, sin ninguna excepción, evocaban una mirada encendida y ceñuda; igual a la de una fiera a punto de rugir. Y justo cuando pensaban en ello, aquellas personas finalizaban su reminiscencia con la misma sorprendente conclusión: Bertram Kast llevaba un tigre en las entrañas.

Tal vez por esa razón, aquel reducido grupo de ancianos quedó sorprendido cuando les dije que Bertram continuaba vivo. Le habían dado por muerto, fallecido décadas atrás en la soledad de una vejez deprimente. Incluso yo, que alguna vez había escuchado su nombre de labios de mi ya fallecida madre, me lo imaginaba como la figura de un pasado remoto, demasiado lejana para tomar forma, o incluso para existir.

Pero el hecho fue que en marzo de 1961 llegó a mi correo una carta procedente de Kilwa Kivinje, ciudad de Tanganica, escrita y firmada por el propio Bertram Kast. Mi tío aún vivía, pero más sorprendente me resultó que aquel hombre, poco más que un ente abstracto en los relatos de mi niñez, supiera no solo de mi existencia, sino dónde vivía.

El contenido de la carta me reservaba más sorpresas. Bertram se había puesto en contacto conmigo porque, según decía, deseaba vivir sus últimos días en una casa que acababa de adquirir en Bonn, capital de Alemania Occidental. Por desgracia, el viaje desde Dar es Salaam, prometía ser largo y pesado, y necesitaba alguien que lo acompañara. A estos efectos, me explicaba que Hamed, su criado, se negaba a abandonar la región, y dado que yo era el único familiar cercano y *confiable*, había decidido ponerse en contacto conmigo. En este sentido, Bertram pedía que me trasladara hasta su casa en Matumbi, a unos kilómetros al noroeste de Kilwa Kivinje, le ayudara a preparar las maletas e hiciéramos el viaje de regreso hasta Bonn. A cambio, se ofrecía a pagarme el transporte y todo cuanto pudiera necesitar.

Tras mi sorpresa inicial, decidí que lo mejor era informarme para, si era posible, hacerme una idea lo más realista posible sobre mi tío. Pero como ya he dicho, las reacciones de quienes le conocieron no llegaron a aportarme ninguna imagen favorable. De hecho, hubo quien pareció asustarse de que Bertram regresara a Alemania. Tal fue el caso de un viejo amigo de la familia, Herold Millman.

—No vayas —me aconsejó entre toses broncas, ocasionadas por años de adicción al tabaco.

—¿Por qué no?

—Tu tío Bertram pertenece a otro tiempo del que los demás nos deshicimos hace mucho tiempo. Verle podría resultarte muy doloroso.

El carácter sentencioso de sus afirmaciones me desconcertó más por quien lo había pronunciado que por su contenido. Millman era una persona sociable y risueña. Pocas veces le había visto declarar algo con semejante rotundidad, pero la cuestión fue que, al escuchar el nombre de Bertram, mudó por completo su faz y adoptó un gesto severo. Casi sentí miedo.

—Deshazte de esa carta —me dijo, justo antes de que me fuera—. Solo te traerá desgracias.

Es curioso cómo las advertencias, cuanto más en firme se pronuncian, más son capaces de avivar nuestra curiosidad. Eso mismo fue lo que me ocurrió a mí, de modo que no solo no destruí la carta, sino que la releí durante varios días seguidos; mi vida invitaba a ello, para ser sincero.

Prejubilado, a mis cincuenta y seis años había comprobado que cada semana se transformaba en una batalla que ganar al aburrimiento, y siempre perdía. Me pasaba las tardes escuchando discos, dando largos paseos y releyendo periódicos atrasados. Nunca llegué a casarme, ni siquiera he sido un hombre muy sociable, y en aquellos años comprobé que mi precariedad en las amistades había terminado por pasarme factura. La soledad y la monotonía me asfixiaban; es por eso que la llegada de aquella carta resultó más que una invitación. Se trataba de un salvavidas, una promesa de aventuras, un reto que aceptar. La relectura de aquellas líneas me reconfortaba. Por eso, y a pesar de que las palabras de Millman llegaron a calarme, resolví desobedecer.

Así pues, una tarde de mayo de 1961, mientras la ciudad de Bonn disfrutaba de una primavera apacible, me senté en mi escritorio, y tomando la pluma comencé con pulso dubitativo las líneas de mi respuesta a la misiva de mi tío. En ella expliqué que aceptaba su invitación, y que cuando dispusiera haría el viaje con destino a Tanganica.

No obstante, y por mucho que me hubiera detenido a meditar, nunca habría podido esperar las consecuencias que aquella carta y mi posterior viaje iban a depararme. El punto y final en mi respuesta marcó el inicio de una serie de sucesos que cambiarían mi concepción sobre ciertos principios vitales. Estaba a punto de entrar, sin saberlo, al terreno de un pasado agitado por traiciones, guerras, injusticias y pasiones, pero sobre todas estas cosas, iba a com-

probar que Bertram Kast era exactamente como lo describían.

## 2

No existían vuelos directos desde Bonn hasta Dar es Salaam. Fue necesario viajar primero hasta Londres, dado que Gran Bretaña conservaba su presencia en Tanganica. Desde allí conseguí un viaje en tres aviones, que me llevarían desde Europa a El Cairo, y de allí hasta el puerto de Dar es Salaam, pasando por Mombasa, en Kenia. El tiempo de viaje se extendía varios días. Tal y como Bertram había previsto, me esperaba un trayecto lento y pesado.

Cuando al fin pisé la capital de Tanganica, fui recibido por un calor que nunca antes había experimentado. Era húmedo, y se pegaba sobre el cuerpo de tal modo que parecía adquirir peso. Cada movimiento me resultaba más lento y costoso de lo normal, pero era evidente que aquellas sensaciones solo invadían a los extranjeros, pues la ciudad se agitaba con un trasiego de automóviles destartados, bicicletas, *rickshaws*, carros y gente, mucha gente. Logré tomar un taxi —o un automóvil que se hacía pasar como tal—, y haciéndome entender en inglés indiqué al conductor que deseaba ir al puerto. Allí comprobé que la zona se encontraba aún más atestada. Con los marineros mantuve confusas conversaciones en un improvisado lenguaje de signos, para que me indicaran cuál de todos los barcos era el que debía conducirme a Kilwa Kivinje. El viaje por mar resultó menos relajante que el trayecto en avión, y las condiciones de mi camarote desastrosas. A pesar de ello, logré alcanzar sano y salvo mi destino.

Una vez en Kilwa, no sabía cómo llegar a la casa de Bertram, en la región de Matumbi. Lo cierto era que mi tío no me había dado más señas que las de dirigirme a esa ciudad; yo tampoco quise insistirle en mi respuesta, pues supe que su criado, quien quiera que fuese, me estaría esperando. Pero en el puerto no vi que nadie se fijara en mí, de modo que me senté sobre mis maletas y esperé.

Tras un buen rato, y viendo que ningún hombre se me aproximaba, decidí preguntar por la casa de mi tío, por si alguien le conocía. Desde mi posición divisé una fonda, en cuyo porche descansaban tres hombres. Tomé mis maletas, me planté frente a ellos, y quitándome el sombrero chapurreé en inglés si alguien conocía la casa de Bertram Kast.

Fue evidente, vistas sus reacciones, que aquellos jornaleros no habían entendido nada de lo que les pregunté... salvo el nombre. Me observaron de arriba a abajo y murmuraron entre ellos algo en un idioma que ni siquiera logré identificar, pero no me respondieron, de modo que volví a insistir, esta vez pronunciando nada más que el nombre de mi tío:

—¿Bertram Kast?

—¿Quién es usted? —me respondieron en inglés.

—Soy su sobrino. Su sobrino —dije, señalándome al pecho.

Al instante, aquellos tres jornaleros dejaron sus asientos y sus bebidas, y se alejaron cada uno por un lado. Aunque les llamé, se limitaron a mirar atrás y apretar el paso. Desconcertado, me quedé de pie y con cara de idiota, observando cómo escapaban de mi presencia, y solo reaccioné cuando, de repente, alguien tiró de mi brazo. Me volví para ver que se trataba de una anciana. Su cabello, de un absoluto blanco, contrastaba con una piel muy negra surcada de arrugas. Levantó la vista para encararme y sentenció:

—Mal hombre. Mal hombre.

Lo había dicho en alemán. Un alemán aprendido hacía muchos años, que pronunciaba con dificultad, pero tan cla-

ro que me paralizó los miembros. Aquella mujer había reconocido mi nacionalidad con solo verme, y tras comprobar el efecto de sus palabras, dio media vuelta y se alejó renqueando. Seguí su caminar sin saber cómo debía tomarme aquel comentario, preguntándome hasta qué punto la idea de mi viaje había sido adecuada, y si no habría resultado mejor atender al aviso de Millman, cuando, de repente, alguien me llamó por mi nombre.

—¿Leopold?

Me volví. Un hombre de mediana edad, tez morena y grueso bigote se dirigía a mí con gesto inquisitivo. Vestía un *fez* con borla, túnica hasta los tobillos y babuchas.

—Sí, soy Leopold Kast.

—Por favor —pidió con una sonrisa inquieta—. No mencione su apellido. Me llamo Hamed. Su tío le espera.

Con un gesto de la mano indicó la puerta de un automóvil.

—Cuando quiera.

Accedí, al tiempo que me percataba de las miradas inquisitivas que me dirigían algunos de los hombres y mujeres a mi alrededor. Estaba claro que todo el mundo conocía a Bertram Kast, pero descubrir que ni siquiera me era posible decir su nombre me había inquietado. Al fin, Hamed puso en marcha el automóvil y salimos de allí traqueteadando.

De los tres vehículos que había utilizado para mi viaje, el trayecto en coche habría resultado, con mucho, el más fastidioso, de no ser porque las vistas contribuyeron a apaciguar la incomodidad de los asientos y el golpe con que los amortiguadores recibían cada pequeño bache. La carretera de tierra nos condujo fuera de Kilwa Kivinje, adentrándonos entre colinas tupidas de verde, e iluminadas por un sol deslumbrante. Bandadas de pájaros que jamás había visto salían huyendo a nuestro paso, para cambiarse de unas acacias a otras. Al poco, detecté por el rabillo del ojo una mancha parduzca. Me volví para descubrir que se trataba